

Oaxaca, una rebelión plebeya

Carlos Beas Torres*

** Miembro del equipo de coordinación de la Unión de Comunidades Indígenas de la Zona Norte del Istmo (UCIZONI). Asesor de comunidades indígenas en diferentes estados de México. Participa de manera activa en la Alianza Mexicana por la Autodeterminación de los Pueblos y en el Foro Social Mesoamericano.*

Introducción

El estado mexicano de Oaxaca es hoy mundialmente conocido y ha adquirido una gran importancia en el mercado turístico por sus impresionantes "ruinas", bellas playas y bahías, y por el colorido y riqueza de sus variadas expresiones culturales. Producto de una intensa promoción turística, año tras año atrae a decenas de miles de visitantes de todo el mundo.

Sin embargo, hacia mediados del año 2006, Oaxaca comenzó a ocupar espacios cada vez más importantes en los medios nacionales e internacionales, y la razón no fue de índole turística, por cierto. Una movilización gremial había cobrado la dimensión de una amplia y profunda revuelta ciudadana, con un alto sentido anti-autoritario. Los noticieros de televisión, radios y revistas se llenaron de imágenes donde los protagonistas principales eran los rebeldes oaxaqueños.

Muchas personas se preguntaron sobre lo que ocurría en ese estado sureño y la mayoría no comprendió el significado y los alcances de esta extraordinaria movilización ciudadana. Ello se debió a la complejidad misma que tiene la sociedad oaxaqueña y a la implacable campaña mediática que redujo este impresionante movimiento ciudadano a un mero aquelarre de vándalos.

Pero, ¿qué fue lo que sucedió en Oaxaca que les puso los pelos de punta a los grupos del poder político nacional? ¿Qué ocasionó que se organizara una verdadera cruzada de satanización mediática? ¿Qué orilló a toda la clase política que, llena de espanto y cinismo, logró unificarse en contra de esta revuelta ciudadana?

La respuesta se encuentra en un radical movimiento popular, que cuestionó de manera profunda la realidad en todas sus dimensiones; en él, las mujeres emergieron como un actor estratégico y central; la sociedad civil impugnó las formas e intereses de la clase política, incluyendo aquella que medra en los partidos de izquierda; el mismo obispo fue criticado por los feligreses y desobedecido por los sacerdotes; los sindicatos y organizaciones campesinas fueron rebasadas por sus bases, y miles de hombres y mujeres sencillos y anónimos se convirtieron en héroes al parir la llamada Comuna de Oaxaca.

En las siguientes líneas, trataremos de abordar algunos de los elementos que nos ayudarán a entender el carácter extraordinario de la insurrección de los pueblos de Oaxaca.

La paradójica realidad oaxaqueña

Hablar de Oaxaca es hablar de diversidad en todos los sentidos. Su difícil y agreste orografía determina que existan diferentes climas y ecosistemas, que van desde las zonas áridas de la saqueada Mixteca hasta las montañas frías de la Sierra Norte, sin olvidar las selvas tropicales del Istmo de Tehuantepec.

Ubicada en la parte central de la gran región cultural llamada Mesoamérica, la diversidad también es una de las características de la sociedad oaxaqueña, formada por un verdadero mosaico de gentes y costumbres, pertenecientes a las dieciséis naciones indígenas y a los grupos humanos originarios de diferentes regiones del mundo que en el transcurso de los años han llegado a habitar estas tierras.

Desde tiempos inmemoriales, Oaxaca recibió oleadas migratorias, algunas provenientes de Nicaragua y Perú, donde según antropólogos e historiadores y la misma memoria histórica de los pueblos, se ubica el lugar de origen de las naciones Mixe, Chontal e Ikoots. Con la invasión europea, junto a la espada y la cruz de los colonizadores españoles, fue-

“El saqueo histórico que por siglos ha sufrido Oaxaca a manos de ricos comerciantes de origen europeo y la imposición de un modelo económico que la ha condenado a ser productora de materias primas nos explican la pobreza crónica de la mayoría de sus gentes y la gran cantidad de emigrantes que ha producido”

ron traídos esclavos africanos; y años después llegaron emigrantes ingleses, coreanos, franceses, chinos, suecos y hasta un grupo de náufragos chilenos, cuya herencia cultural se mantiene viva hasta hoy en el baile y la música popular –llamada “chilena”– de la costa oaxaqueña.

Oaxaca es un escenario de paradojas; extremadamente rica en recursos naturales, es muy pobre en términos económicos; habitada por unos 3,5 millones de personas, casi la mitad de ellas pertenece a algún pueblo indio, y en su gran mayoría a las naciones Zapoteca o Mixteca; el 85% de su población se dedica a las actividades agropecuarias, comerciales o de servicios; y la mayor parte vive sumida en niveles de pobreza o pobreza extrema. Desnutrición, elevado analfabetismo, servicios escasos y deficientes, empleos precarios y casi inexistentes son la realidad, la dura y cotidiana realidad de millones de oaxaqueños.

Contrastando con lo anterior, existen ricos bosques con maderas de variedades tropicales o templadas; importantes recursos minerales como el oro, uranio y el principal yacimiento de hierro del país; biodiversidad, agua, viento, litorales y una ubicación estratégica en el mercado global hacen de Oaxaca un territorio rico y codiciado.

El saqueo histórico que por siglos ha sufrido Oaxaca a manos de ricos comerciantes de origen europeo y la imposición de un modelo económico que la ha condenado a ser productora de materias primas nos explican la pobreza crónica de la mayoría de sus gentes y la gran cantidad de emigrantes que ha producido.

Ante la falta de empleo y los bajos precios para los productos agropecuarios y artesanales, en el último medio siglo cientos de miles de oaxaqueños se han desplazado desde sus montañas y selvas para malvivir y trabajar en muy distantes lugares; algunos de estos son los campos agrícolas de California o Sinaloa, donde como jornaleros trabajan en medio de nubes de agro-venenos, o la Ciudad



© CMI Chiapas

de México, donde han creado grandes colonias en la periferia. Los migrantes oaxaqueños no sólo han partido llevando su fuerza de trabajo sino que también han cargado con sus costumbres y tradiciones, entre las que se destaca su profundo sentido de organización comunitaria.

Miles de familias indígenas orilladas por la pobreza y escasez han dejado sus comunidades y también han buscado, como espacio vital, la capital del estado. La ciudad de Oaxaca es una vieja ciudad colonial cuyo centro histórico guarda el trazo y estilo arquitectónico de las ciudades españolas, y es asiento de las familias que concentran el poder político y económico. En los alrededores de la capital viven los sirvientes, empleados y albañiles, los choferes, cargadores y meseros, los subempleados, los pobres y los indios urbanos, en su mayoría migrantes o hijos de migrantes indígenas.

Con una agricultura de subsistencia y la caída brutal de los precios internacionales del café, son las remesas que envían los trabajadores que migraron al norte las que, en buena medida, le dan vida a Oaxaca. Por concepto de ingresos turísticos también se produce un importante derrame económico, que se concentra entre los grupos propietarios de hoteles, restaurantes, servidores turísticos y acaparadores de los bienes inmobiliarios.

Ante la crisis agropecuaria agudizada por la apertura comercial, en Oaxaca ha cobrado cada vez mayor importancia el sector servicios como generador de empleos, y dentro de él se destaca el sistema educativo; este emplea a unas 70 mil personas en todo el estado, que están organizadas en la Sección 22 del poderoso Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Educación (SNTE), considerado el mayor sindicato sectorial de América Latina.

Un estilo despótico de gobernar

La sociedad colonial no ha sido desterrada de Oaxaca, ya que ni la guerra de independencia ni la revolución llegaron para quedarse; las estructuras de control colonial y la casta divina, el grupo de poder local llamado La Vallistocracia, se mantienen hasta nuestros días gracias al sostén de políticos y caciques aglutinados en el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Este partido ha gobernado Oaxaca no sin sobresaltos en los últimos 78 años, y en buena parte ello se debe a formas atrasadas de control social, entre las que predominan elecciones plagadas de irregularidades y la violencia institucional.

En tanto partido de Estado, en Oaxaca el PRI ha utilizado a los grupos de poder caciquil como uno de sus instrumentos principales de control; estos grupos manejan todos los aspectos de la vida de numerosos pueblos y regiones, ya que se imponen a las autoridades municipales, se sirven de los programas públicos, acaparan las mejores tierras, la producción y el comercio, utilizan a funcionarios públicos y policías para someter a los ciudadanos y cuando la represión policíaca no funciona, recurren a sus esbirros y pistoleros, es decir, a la violencia abierta.

El grupo gobernante se ha enriquecido gracias a la corrupción con la que se ejerce el presupuesto gubernamental. Es común que los mismos familiares o amigos de los funcionarios públicos sean los contratistas beneficiarios de la construcción de obras de infraestructura; obras que están financiadas con recursos públicos y que generalmente tienen costos inflados y son de pésima calidad. De esta forma, muchos funcionarios públicos se han enriquecido y forman parte ya del "selecto" sector empresarial, al que concurren también de forma soterrada pero visible los inversionistas que lavan dinero proveniente del narcotráfico. Aquí todos caben.

El estilo de gobierno que han vivido los oaxaqueños es una mezcla de paternalismo populista con una tiranía bárbara, lo cual le ha negado a la población el acceso al ejercicio pleno de sus derechos ciudadanos. Del mismo modo el gobierno oaxaqueño persigue en forma abierta a periodistas críticos como asesina, amenaza o despoja de manera brutal a indíge-

nas dueños de tierras o recursos naturales. Miles de indígenas han purgado y purgan largas condenas en prisión, como resultado de prácticas legales viciadas, donde sus más elementales derechos han sido vulnerados.

Otro método usual de control es la compra de votos y la coacción de los electores; los delegados de gobierno se transforman en representantes del PRI y utilizan en forma descarada los recursos públicos. Si podemos hablar de farsa electoral, Oaxaca es un caso demostrativo de simulación, ilegalidad y desprecio por la voluntad ciudadana.

Los programas financiados con recursos públicos son aplicados de manera discrecional, y se utilizan predominantemente para mantener una base social que asegure al gobierno los votos necesarios para que el mismo grupo político siga adueñado del poder y para sostener una simulación de gobernabilidad democrática.

En los últimos cincuenta años, esta forma de gobernar ha dado lugar a importantes movimientos ciudadanos, una de cuyas principales demandas fue la destitución de los gobernadores. Hace exactamente treinta años, los estudiantes, sindicalistas y organizaciones campesinas e indígenas de Oaxaca lograron que se destituyera al mal gobernador Zárate Aquino, pero sólo para que de inmediato el ejército tomara a punta de bayoneta la capital del estado e impusiera a un militar asesino como nuevo gobernador; un militar cuyo único "mérito" residía en haber dirigido la campaña contra la guerrilla de Lucio Cabañas.

En años recientes, el malestar ciudadano ha crecido en contra de las administraciones del PRI, que se caracterizan por su prepotencia, corrupción e incompetencia. El actual gobernador priísta Ulises Ruiz apenas pudo ganar las elecciones de 2004, derrochando millones de pesos y haciendo uso de todo tipo de trampas y actos ilegales.

Con el fin de ganar "legitimidad", de inmediato Ulises Ruiz dio rienda suelta a su vocación represiva y autoritaria, per-

"En años recientes, el malestar ciudadano ha crecido en contra de las administraciones del PRI, que se caracterizan por su prepotencia, corrupción e incompetencia. El actual gobernador priísta Ulises Ruiz apenas pudo ganar las elecciones de 2004, derrochando millones de pesos y haciendo uso de todo tipo de trampas y actos ilegales"

siguiendo al candidato perdedor y ordenando el encarcelamiento de decenas de indígenas que protestaban por la imposición de autoridades locales. Según datos confiables dados a conocer por organismos de derechos humanos, en los primeros dieciocho meses de su gobierno, fueron más de 600 los presos políticos y unos 35 los muertos por conflictos políticos o agrarios.

Además de su carácter represivo, el gobierno estatal cometió un conjunto de acciones que indignaron a la ciudadanía oaxaqueña. Ante la necesidad de obtener fondos para la campaña de Roberto Madrazo, candidato presidencial por el PRI en las elecciones de 2006, Ruiz realizó inútiles y onerosas obras de remodelación de espacios históricos de la ciudad de Oaxaca, por cierto declarada patrimonio universal por la UNESCO.

Estas obras, llevadas a cabo en su mayoría por el propio hermano del gobernador, significaron un verdadero saqueo y no sólo de recursos públicos; por ejemplo, la antigua puerta de la Catedral fue sustituida por una de madera corriente y adornos de latón; y la cantera verde de la plaza de La Soledad, cambiada por lozas de cemento. Además de constituir un robo descarado, dichas obras se hicieron sin consulta a la población e implicaron el derribo de numerosos árboles.

Un diverso movimiento social

Como cada año, en mayo de 2006 los trabajadores del sector educativo iniciaron sus movilizaciones para demandar mejoras salariales y laborales. Hace unos veinticinco años que la Sección 22 del SNTE logró democratizarse y salir del control de los líderes gubernamentales que han dominado a este gremio. Desde 1981, los profesores oaxaqueños se han caracterizado por impulsar de manera constante acciones reivindicatorias y ello los ha destacado como uno de los sindicatos más combativos del país.

Sin embargo, la movilización de 2006 se enfrentaría con un hecho inédito: la agresión abierta del gobierno estatal. En la madrugada del 14 de junio, el plantón establecido en el centro histórico de la ciudad de Oaxaca fue asaltado por cientos de policías; ello no sólo provocó 92 heridos y la intoxicación de cientos de personas; produjo, además, el surgimiento de un inmenso movimiento ciudadano que en ese momento expresaba su solidaridad con los trabajadores de la educación y su repudio a un gobierno autoritario y violento.

Menos de una semana después de la brutal represión gubernamental, unas 360 organizaciones sindicales, indígenas, de pobladores, estudiantes y campesinos, así como organismos no gubernamentales, ambientalistas, comunidades eclesiales y grupos de mujeres formaron la Asamblea Popular de Oaxaca. La primera asamblea se crea como un

gran frente multisectorial y adquiere el nombre de “asamblea” por la influencia cultural que tienen los pueblos indígenas sobre la mayoría de las organizaciones de la sociedad civil. Al ir incorporando a un número mayor de pueblos, esta organización frentista se denomina Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (la ahora famosa APPO), que por cierto nunca tuvo una dirigencia real o formal; algunos voceros fueron convertidos por los medios en dirigentes, pero realmente no mandaban a nadie.

La demanda principal de la APPO se centra en la destitución de Ulises Ruiz como gobernador del estado; la exigencia va más allá de su simple salida, ya que implica el desmantelamiento del aparato caciquil y la red de intereses formada por la clase política y los grupos de empresarios turísticos, contratistas y grandes comerciantes. La caída del gobernador es la puerta para la transformación democrática de Oaxaca.

Durante la segunda mitad del año 2006 y en los primeros meses de 2007, las organizaciones aglutinadas en la APPO realizarán una impresionante cantidad de acciones ciudadanas de todo tipo. En este período, los oaxaqueños en lucha llevarán a cabo ocho gigantescas manifestaciones y harán una prolongada caminata hasta la capital de la República. Ocuparán de manera pacífica las radiodifusoras comerciales y realizarán huelgas de hambre. Documentarán violaciones a los derechos humanos y celebrarán foros donde la ciudadanía construirá valiosas propuestas para la transformación democrática del estado. También bloquearán carreteras y cerrarán el acceso a centros comerciales; y cuando el 29 de octubre, el ejército disfrazado de policía invade la capital del estado, miles saldrán a las calles y avenidas para dar vida a una de las jornadas más heroicas de pacifismo que ha conocido nuestro país.

Durante este tiempo, el pueblo oaxaqueño da rienda suelta a su expresión artística: se componen numerosos poemas, las paredes se llenan de graffitis y se improvisan performances; el movimiento crea su propia música, y a ritmo de cumbia, son o *hip hop*, los rebeldes reclaman libertades; el 2 de noviembre diseñan altares a sus muertos, llenos de colorido y combatividad.

Pocos movimientos ciudadanos han generado a tal cantidad de acciones diversas y creativas, y la mayoría de ellas pacíficas. Hasta ahora nadie ha podido acusar a la APPO o los rebeldes oaxaqueños de haber disparado un solo tiro.

Más allá de las organizaciones: el pueblo mismo

Es difícil encontrar en la historia política latinoamericana una revuelta con la dimensión de la ocurrida en Oaxaca. En su capital, una ciudad colonial de menos de un millón de



© CMI Chiapas

habitantes, llegó a haber manifestaciones que reunían a 700 u 800 mil ciudadanos en 2006; ese número no puede explicarse por los contingentes que responden a la convocatoria de las organizaciones que integran la APPO.

Al calor del movimiento encabezado por la APPO, ocurrió un fenómeno social poco entendido y mal explicado. En Oaxaca, durante meses vivimos un *Caracazo* sin saqueos a comercios, salvo por dos o tres casos aislados. Los indios urbanos bajaron de sus colonias y sus pueblos y se manifestaron en las calles de la capital del estado; construyeron barricadas y se apoderaron de la ciudad en la que tantos agravios han sufrido. Allí ejercieron su poder, se hicieron dueños de las calles y por vez primera en su vida fueron vistos ya no como mano de obra barata, sino como *rebeldes*, como *alzados*.

Miles de subempleados, obreros, pequeños comerciantes, albañiles, cargadores, los jóvenes de las bandas, los fantasmas, los pobres entre los pobres, los yopes¹, los que no tienen ni presente ni futuro, los que no están organizados políticamente y no se sienten representados por los partidos decidieron hacerse visibles y recuperar la ciudad que históricamente les ha sido despojada.

Ellos fueron los que en las noches de tensión, como sombras veloces, defendieron las barricadas y lograron frenar los convoyes de la muerte. Esta fue la impresionante muchedumbre que enfrentó a los 4.500 elementos de la Policía Federal Preventiva –un cuerpo de militares entrenado para reprimir multitudes– al principio de manera pacífica y después, el 2 de noviembre, violentamente en la memorable batalla de Todos Santos.

La APPO no tenía mando sobre este movimiento ciudadano, los equipos del orden no podían controlar las acciones de la gente de las colonias, de los jóvenes de las bandas urbanas. Cuando en las noches de agosto se crearon cientos de barricadas por toda la ciudad, estas correspondían a la acción espontánea de miles y miles de vecinos, gente de todas las edades y ocupaciones, y no a la orden de un comité central o un consejo de principales.

La muchedumbre había desbordado a la APPO y ello se reconocía abiertamente; frente a la movilización radicalizada de los pobladores pobres, los llamados de los representantes de la asamblea no eran atendidos. Cuando el 25 de noviembre Flavio Sosa, uno de los dirigentes construido por los medios masivos, llamaba a los jóvenes a que evitaran nuevos enfrentamientos, fue increpado al grito de “cállate y mejor ven a pelear”.

El ambiente de fraternidad que prevaleció en las barricadas y campamentos en esas noches oaxaqueñas, llenas de tensión y heroicidad, es lo que se ha denominado *La Comuna de Oaxaca*. Con el paso de los días y el uso de las radios, la comunicación y coordinación entre barricadas fue creciendo, hasta lograr la capacidad de desplazar de manera ágil a grupos de apoyo hasta las barricadas atacadas por sicarios y priístas.

La importancia política de las barricadas se reflejó en la Asamblea Constitutiva de la APPO, donde alrededor del 20% de los más de mil delegados eran representantes de las barricadas. Esta asamblea se celebró a mediados de noviembre de 2006 y en ella fue designada una representación formal, llamada Consejo Estatal, integrada por unas 260 personas provenientes de todos los sectores sociales: un verdadero parlamento ciudadano.

La *díctablanda* mexicana se vuelve dura

Durante meses, el gobierno federal a través del secretario de Gobernación trató de encauzar el conflicto oaxaqueño hacia un espacio de negociación, que sólo buscaba ganar tiempo para debilitar al movimiento popular y preparar el terreno para la invasión militar de Oaxaca. Mientras tanto, el gobierno estatal ya sólo existía en las llamadas “caravanas de la muerte”: operativos nocturnos donde policías de civil y encapuchados disparaban sobre los plantones y barricadas.

Los organismos nacionales e internacionales de derechos humanos coinciden en señalar que en este período existe una política gubernamental de sistemática violación de los derechos humanos, donde las garantías constitucionales y los más elementales derechos humanos son violados abiertamente por los cuerpos policíacos. A partir de agosto, la represión se intensifica cuando operan de manera abierta los grupos paramilitares, que secuestran, torturan, allanan domicilios y asesinan.

El 19 de enero de 2007, en un informe presentado al relator de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, Dr. Rodolfo Stavenhagen, el Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro señaló de modo categórico:

Sobre las agresiones a cargo de cuerpos parapolicíacos armados tenemos testimonios y documentos visuales recabados que permiten afirmar que en Oaxaca operan grupos armados de civiles al servicio del gobierno del estado. Los indicios muestran que se trata de grupos conformados por simpatizantes del Partido Revolucionario Institucional (PRI) que actúan bajo el amparo del gobernador Ulises Ruiz. Las fuerzas federales no han actuado para poner un alto a las acciones de estos grupos, sino que todo apunta a que les han dado protección.

El 29 de octubre, a raíz de la entrada de la Policía Federal a la ciudad de Oaxaca, se torna cada vez más visible la coordinación que existe entre las corporaciones federales y las estatales; unos secuestran y torturan para luego entregar al detenido a una autoridad federal, acusándolo de cualquier delito. Juntos, policías, militares y sicarios allanan domicilios y detienen a opositores. El 25 de noviembre, de manera coordinada, desatarán una verdadera cacería donde decenas de personas serán arbitrariamente detenidas y brutalmente maltratadas por ambas policías. Muchos de los detenidos fueron llevados a penales distantes. En Oaxaca, el terrorismo de Estado ha estado operando en forma abierta.

El caso de Oaxaca evidenció una vez más la complicidad existente entre el PRI y el PAN. Los senadores de ambos partidos, a pesar de saber que allí habían desaparecido los poderes y no se respetaban las garantías constitucionales, optaron en la sesión del 19 de octubre por mantener en su cargo a un gobernador corrupto y detestado por la población.

Pero además, con dicho acuerdo avalan e impulsan la salida militar, la ocupación de Oaxaca por la Policía Federal Preventiva, intentando arrasar a un movimiento democratizador que, por plebeyo, los atemoriza.

Esta complicidad es producto de un pacto político establecido entre el cuestionado Felipe Calderón y Ulises Ruiz; el primero acuerda sostener en su cargo al gobernador oaxaqueño a cambio de que el PRI apoye su toma de posesión como Presidente de la República. Poca cosa estaba en juego.

OAXACA DE CARA A LA IMPUNIDAD



Gobernador del Estado



Procuradora General de Justicia



Fiscal Especial de Atención a los Delitos contra la Mujer



Presidente del Tribunal Superior de Justicia



Secretario General de Gobierno



Presidente del Tribunal Superior de Justicia



Ex Procuradora General de Justicia

Cómplices de la violencia ha

© Archivo OSAL

El terrorismo de Estado: esto no es Haití

El 25 de noviembre es una fecha terrible para el movimiento ciudadano; los violentos disturbios acontecidos esa tarde en el centro de la ciudad, donde actuaron de manera abierta y concertada provocadores e infiltrados, sólo fueron la cortina de humo que ocultó hechos espantosos que ocurrieron en la zona norte de la ciudad. Allí, grupos de manifestantes que se retiraban del centro fueron atacados a balazos por comandos de civiles, y otros golpeados brutalmente por policías federales. Muchos fueron detenidos esa tarde, arrastrados a las cárceles.

Durante los diez días siguientes, el estado de Oaxaca fue escenario de una guerra de baja intensidad contra la población: dirigentes de colonias populares, maestros, representantes indígenas, activistas e integrantes de grupos de mujeres son perseguidos y hostigados; cientos, si no miles, debieron huir de la ciudad. Sin embargo, y a pesar del miedo, las movilizaciones ciudadanas continuaron realizándose, aunque es cierto que el número de participantes había descendido de manera sensible y la demanda principal ahora era la liberación de los presos y la aparición con vida de los desaparecidos.

El golpe del 25 de noviembre fue demoledor, ya que creó miedo y zozobra entre la gente y el movimiento se dispersó. A las reuniones del Consejo Estatal de la APPO celebradas en diciembre llegaron pocos delegados y representantes. No obstante, las acciones vuelven a crecer lentamente. Durante todo el mes de enero de 2007 se realizan nuevas marchas, a pesar de la detención y el secuestro de opositores; cientos de escuelas permanecen cerradas por los conflictos y se producen violentas disputas en municipios cercanos a Oaxaca, que dejan como resultado más de 40 heridos.

Un hecho que anuncia que el conflicto no ha concluido, sino que retornará con mayor fuerza aún, es el establecimiento, al comenzar el año, del municipio autónomo de la nación Triqui, que tiene como sede la comunidad de San Juan Copala, y la realización de numerosas reuniones y la Asamblea Regional de los Pueblos del Istmo.

La manifestación del 3 de febrero no sólo cuenta una vez más con un numeroso contingente, sino que en el ánimo de la gente se percibe la combatividad y la pérdida del miedo. Si el movimiento repunta, también lo hace el pavor del gobernador, que se torna visible cuando ese día ordena que 4 mil policías vigilen el centro de la ciudad. La policía estatal se muestra nerviosa e insegura.

La normalidad que vive Oaxaca es artificial. En los próximos meses, es previsible que el movimiento ciudadano salga nuevamente a las calles, ocupe oficinas, realice foros por la democratización de Oaxaca, bloquee carreteras y lleve a cabo muchos otros tipos de acciones, pero de ahora en adelante con mayor intensidad, pues el año 2007 es un año electoral. Se elegirá a las autoridades de los ayuntamientos, y ante las usuales prácticas ilegales del PRI, en muchos municipios crecerá la resistencia contra la imposición y el autoritarismo.

Las palabras del indígena zoque Andrés Pérez nos anuncian la nueva etapa en la que hoy se encuentra la rebelión plebeya de Oaxaca:

Con la experiencia ganada, tenemos que buscar una nueva manera para entrarle y organizarnos mejor. También es necesario que más gente entienda que el movimiento no sólo es contra Ulises Ruiz, es también en contra del sistema nacional que ha hundido a la gente indígena.

Durante 2007, Oaxaca seguirá ocupando espacios importantes en los medios de comunicación y no será precisamente por la majestuosidad del cerro sagrado de Monte Albán; aunque también, hay que decirlo, vale la pena visitarlo.

Oaxaca Rebelde Vive.

Notas

1 Término despectivo utilizado por los blancos de las clases privilegiadas de Oaxaca para referirse a los indígenas y los pobres.